

EL MISTERIO DE LOWER NORWOOD

I

Pasaron tres meses.

Yo, á ruegos de Holmes, había cedido mi clientela de Kennington y me fui á vivir con él á Baker Street. Un joven doctor, llamado Verner, á quien le traspasé mi consulta, me la compró en una cantidad que sobrepujó á las mayores esperanzas. Más tarde comprendí la razón de esta generosidad al enterarme de que Verner era pariente lejano de Holmes, y que en realidad fué éste quien facilitó los fondos para el traspaso.

Durante estos tres meses no había Holmes intervenido más que en dos asuntos importantes; el de los documentos del ex presidente Murello, y el del naufragio del *steamer* danés *El Friesland*, donde estuvimos á punto de perder la vida.

Sin embargo, parecía que el tiempo fué enfriando el ya frío temperamento de Holmes y exacerbó en él su antiguo desprecio de la popularidad. Y digo esto, porque en ninguna ocasión como en estas dos que acabo de mencionar, se opuso tan tenazmente á que se las narrara al público.

Tal vez algún día quebrante mi promesa. Hasta entonces hablaremos de esta aventura del contratista Jones Oldacre, una de las más interesantes y misteriosas en que el admirable Holmes intervino.

Cierta tarde del mes de Agosto estábamos Holmes y yo sentados junto al balcón, fumando silenciosamente. Las miradas seguían errabundas las epilépticas contorsiones del humo, y puedo juraros que en aquel momento las ideas habían dejado mundos y limpios nuestros cerebros.

De pronto, Holmes lanzando un largo bostezo, exclamó:

—La verdad es que, desde el punto de vista criminal, Londres ha perdido todo su interés con la muerte del profesor Moriarty.

—No creo que haya muchos conciudadanos de la misma opinión que vos —contesté sonriendo.

Holmes lanzó una carcajada.

—Tenéis razón, Watson—dijo levantándose y estirando los brazos con un ademán de pereza y aburrimiento.—No debemos ser egoístas. Todos en Londres, excepto los periodistas, pueden rogocijarse con la muerte de aquel hombre. Viviendo un criminal como el doctor Moriarty, los pobres ganapanes del periodismo tenían materia segura donde trabajar y lucir las miserables flores de su ingenio.

—Ya véis como no se ha perdido mucho, antes bien...

—Pero ¿y yo, querido?—interrumpió Holmes.—Para mí el menor detalle, la más nimia circunstancia de cualquier crimen me servían para adivinar en él la presencia de aquel hombre admirable, de igual modo que en el ligero temblor de la tela de araña adivinamos que el insecto acecha desde su guarida. El robo insignificante, el crimen vulgar, el atentado sin consumación—insignificantes, vulgares é inconcluidos á flor de mirada,—tenían para mí una importancia inapreciable. Lo que pasaba como nubecilla de insignificancia y trivialidad por las gacetillas de los periódicos y las salas de los juzgados, era para mí fuerte y rotunda tempestad movida por la mano de un hombre poderoso é intangible y sin sucesión. Londres, considerado con los ojos profesionales del policía, era la capital más importante de Europa. Hoy... hoy se muere uno de fastidio.

Y bostezó ruidosamente.

Yo me disponía á contestarle cuando sonó un violento campanillazo, seguido de un rumor sordo como si apuñearan la puerta.

Después se oyeron pasos precipitados en la escalera, en el corredor, y en nuestro cuarto se precipitó un joven convulso, agitado, los ojos febriles, la cabeza despeinada, la tez livida, las manos temblorosas.

Tuvo un momento de vacilación en que sus ojos angustiados giraron de Holmes á mí. Después,

comprendiendo por el asombro de nuestras miradas lo incorrecto de su presentación, exclamó:

—¡Perdonadme, señores! ¡Yo no sé lo que me hagol Estoy trastornado, loco, Sr. Holmes. ¡Yo soy el misero Hector Mac-Parlane!

Y pronunció este nombre como si él solo bastase para explicarnos el objeto de su visita. Sin embargo, á juzgar por el semblante de Holmes, no parecía más enterado que yo.

—Tranquilizáos, joven—contestó mi compañero—y sentáos antes de hablar. ¿Queréis un cigarro? ¿No? Bien, bien.

Tal como estáis me parece que mi amigo el doctor Watson haría bien en prepararos un sedativo. ¡Ha hecho tanto calor estos días!

Hice lo que me pedía Holmes, y después que hubo bebido el joven, continuó mi compañero:

—Ahora, si os sentís un poco mejor, tendré mucho gusto en oiros hablar y en enterarme quié sois. El modo con que habéis dicho parece indicar que yo debía conocerlo. Sin embargo, por desgracia, no es así. Aparte de ciertos detalles esenciales que me han dicho sois soltero, francmasón, que intervenís en asuntos judiciales y que tenéis principio de asma, no sé nada respecto de vos.

Acostumbrado á los métodos de deducción y observación de mi amigo, me resultó fácil como á Holmes adivinar todas aquellas cosas, fijándome en el desordenado del vestir, en un paquete envuelto en papel de oficio que asomaba por uno de los bol-

sillos, en los dijes de la cadena del reloj y en la fatigosa respiración del joven.

—Sí, tenéis razón—contestó Mac-Parlane—yo soy todo eso que decís y además el hombre más desgraciado de Londres. ¡Por amor de Dios, Sr. Holmes! ¡No me abandonéis! Yo no quisiera que me detuviesen antes de contaros mi historia. Después... después no me importa. Marcharé tranquilo á la cárcel sabiendo que vos trabajaréis por mi salvación.

—¡Deteneros! ¡La cárcel!—exclamó Holmes.— Veo que efectivamente vuestro caso debe ser muy diver... muy curioso. ¿Y por qué os van á detener?

—Por un asesinato.

—¡Demonio!

—Sí; me acusan de la muerte de Mr. Jones Oldacre, de Lower Norwood.

El rostro de Holmes reflejó cierta simpatía no exenta de egoísta satisfacción.

—¡Qué casualidad, hombre! Precisamente hace un momento que hablaba yo con mi compañero Watson de lo aburrido de Londres y de lo poco sensacionales que vienen ahora los periódicos.

El joven alargó su mano temblorosa, y cogiendo de encima de la mesa el *Daily Telegraph*, dijo:

—Bien se conoce, Sr. Holmes, que no habéis leído hoy este periódico, si no hubiéseis comprendido en seguida de lo que se trataba al oír mi nombre.

Y abriendo el diario nos señaló la segunda página.

—Aquí está. Oid: «*El misterio de Lower Nor-*

wood.—*Desaparición de un contratista.—Asesinato é incendio.—La pista del asesino.* Ya lo véis, Sr. Holmes. Han encontrado la pista de una persona á quien creen culpable, y esa persona soy yo. Me vienen siguiendo desde la estación de London Bridge, y si no me han detenido ya es porque esperan la orden judicial. Bien sabe Dios que no lo siento por mí, sino por mi madre. ¡Pobre madre mía! ¡Se va á morir del disgusto!

Y retorciéndose las manos convulsivamente estalló en desgarradores sollozos.

Sin saber por qué, sentí nacer en mi alma una inmensa simpatía por aquel hombre aplanado bajo el peso de una acusación de asesinato. Era rubio y de aspecto enfermizo. Tenía los ojos azules y tímidos, el rostro afeitado y la boca doliente y sin color. Representaba unos veintisiete años de edad, y sus modales y su traje eran los de una persona de regular posición.

—Vamos, vamos, tranquilizáos—dijo Holmes.—¿Qué conseguís con dejaros vencer de ese modo? Todo tiene arreglo en este mundo y nuestro asunto también lo tendrá. A ver, Watson, ¿queréis tener la bondad de leer en voz alta lo que dice ese periódico?

Cogí el periódico, y sentándome entre Mac-Farlane y Holmes, leí lo siguiente:

«EL MISTERIO DE LOWER NORWOOD

*Desaparición de un contratista.—Asesinato é incendio.
La pista del asesino.*

»En la madrugada última ha ocurrido en Lower Norwood un suceso que presenta todos los caracteres de asesinato. Escribimos bajo la impresión que nos ha causado la noticia, y aunque quisiéramos hacer dolorosos comentarios, no podemos hacerlo por la falta de tiempo. Nos limitaremos, pues, á narrar escuetamente los acontecimientos tal y como han llegado á nuestra redacción.

»Hace muchos años se estableció en Deep Deenhouse un tal Mr. Jones Oldacre, y desde entonces vivía tranquilamente como contratista de toda clase de construcciones. Soltero y de unos cincuenta y tantos años de edad, tenía costumbres algo excéntricas, y no se trataba con ninguno de sus vecinos.

»De algún tiempo á esta parte vivía retirado de los negocios, y, según dicen las gentes, había logrado reunir un envidiable capital.

»Y vamos con el suceso:

»La madrugada última, á eso de las dos, las gentes de la contornada se despertaron alarmadas por un gran resplandor. Pronto se vió que la valla de madera circundante de la casa del contratista era pasto de las llamas. Afortunadamente, los bomberos acudieron en seguida, y aunque no se consiguió salvar la cerca, por estar la madera muy seca, se

»pudo evitar que el fuego se transmitiera á la casa.

»Hasta aquí todo parecía indicar que lo sucedido era uno de tantos incidentes sin importancia. Pero bien pronto varió la cosa. Desde el primer momento se notó la ausencia del contratista, y registrada la casa después de extinguido el incendio, se vió que había desaparecido. Examinando su cuarto, se vió que la cama estaba intacta, pero no así la caja de caudales situada á la cabecera, cuya puerta estaba descerrajada. En el centro de la habitación se encontraron revueltos y rotos una porción de documentos importantísimos. Además se han notado señales de lucha, se han encontrado junto á una ventana un bastón, cuyo puño estaba manchado de sangre.

»Todo parece indicar que se trata de un crimen, y que la policía está sobre las huellas del asesino.

»Se ha comprobado que ayer noche el señor Oldacre recibió la visita de un tal John Hector MacFarlane, que vive en el núm. 426, de Gresham Buildings, E. C., así como también hay la certeza de que el bastón manchado de sangre es propiedad del citado joven.»

ÚLTIMA HORA

«A la hora de entrar en máquina este número, ha corrido el rumor de que han detenido á MacFarlane. Lo cierto es que la policía lo persigue activamente, y que no terminará el día de hoy sin que el presunto autor esté á buen recaudo. Conforme va

»pasando tiempo se van conociendo más detalles y se van sumando mayor número de pruebas de la culpabilidad del joven abogado londinense. Además de las indudables señales de lucha que se descubrieron en la alcoba del desgraciado contratista, se han hallado al pie de una de las ventanas las huellas de un cuerpo muy pesado, que alguien arrastró hasta la hoguera de la valla. También se han encontrado restos humanos entre las cenizas.

»La impresión general es que el ex contratista fué asesinado en su alcoba, y que luego el asesino arrastró el cadáver hasta el jardín, y allí lo prendió fuego para borrar toda huella del crimen.

»El notable policía, Sr. Lestrade, de Scotland Yard se ha hecho cargo del asunto, y de su reconocido talento esperamos la pronta y justiciara solución de tan horrible crimen.»

Sherlock Holmes había permanecido con los ojos cerrados y el rostro impassible durante la lectura.

—Es un caso muy interesante—murmuró en cuanto el joven dejó de leer;—pero hay una cosa que no me explico...

—¿Cuál?—preguntó curiosamente MacFarlane.

—Que estáis en libertad, pesando sobre vos sospechas tan contundentes y definitivas.

—Voy á explicaros, Sr. Holmes, mi intervención en el asunto, y esto os servirá de respuesta. Yo, se-

ñor Holmes, habito con mis padres en Torington Lodge Blackheath, y la noche pasada, teniendo que resolver ciertos asuntos, que luego os diré, con el Sr. Oldacre, fui á Norwood, y después de hablar con el contratista, pasé la noche en un hotel. Esta mañana al leer lo que acabáis de oír, comprendí lo apurado de mi situación y me apresuré á venir en busca vuestra. Sin duda, gracias á esta rapidez, no han podido dar conmigo todavía... Pero ya os lo dije antes, me siguen los pasos muy de cerca, y... ¡gran Dios!

Había sonado un violento campanillazo. Se oyeron fuertes y presurosas pisadas en la escalera y en el pasillo, y, finalmente, se abrió la puerta con violencia y en el umbral apareció la escueta figura de nuestro antiguo amigo Lestrade. Detrás de él se veían las siluetas de dos guardias.

—¿El Sr. John Hector Mac-Farlane?—exclamó con voz firme y severa.

El desgraciado joven se levantó, con el rostro lívido y las piernas temblonas. Lestrade dió unos pasos hasta llegar á él, y poniéndole una mano en el hombro, continuó:

—Yo os detengo en nombre de la ley y como autor de la muerte de Mr. Jones Oldacre, de Lower Norwood.

A Mac-Farlane le abandonaron las fuerzas, y volviendo hacia nosotros el rostro, con un gesto de desesperación, se dejó caer desfallecido en el asiento que acababa de dejar.

—Un momento, Lestrade—intervino Holmes.— Me parece que un minuto más ó menos no tiene importancia alguna, y precisamente cuando llegásteis empezaba este caballero á decir la verdad respecto de ese crimen.

—La verdad no hace falta que la diga él—contestó brusca y lúgubrementemente Lestrade.

—Sin embargo, amigo Lestrade, sin embargo, yo desearía oírle antes de que os lo llevarais.

—Como gustéis, Holmes. Ya sabéis que yo tengo mucho honor en servirlos, ya que no por agradecimiento propio, por gratitud de corporación. En Scotland Yard hay el recuerdo de más de tres y de cuatro triunfos vuestros que no se olvidarán nunca. Sin embargo, me váis á permitir que me quede y esté presente á la entrevista.

Luego, mirando el reloj, continuó:

—Os concedo media hora. Pero he de advertiros que diga lo que diga será inútil. Pocas veces se habrá presentado tan claro un asunto.

—Os agradezco mucho vuestra atención—dijo con voz aún temblona el joven abogado.—Tengo la esperanza de que después de haberme oído os venceréis de la verdad de mis palabras.

Lestrade se encogió de hombros. Holmes se volvió á sentar y tornó á esconder las pupilas bajo los párpados, y Mac-Farlane, con voz que poco á poco se fué haciendo segura, empezó su narración:

—Antes de nada debo deciros que hasta ayer yo no conocía personalmente á Mr. Jones Oldacre, á

pesar de que su nombre me era muy familiar. Según creo, en otros tiempos tuvo relaciones de amistad con mis padres; pero éstas cesaron por completo hace algunos años. Juzgad, pues, cuál sería mi asombro al verle entrar ayer en mi oficina y mucho más al saber el objeto que le impelía á visitarme.

Después de saludarnos y hacerme saber quién era, sacó del bolsillo varios escritos llenos de enmiendas y tachaduras, y poniéndolos sobre la mesa, dijo:

—Aquí tenéis mi testamento. Os ruego lo escribáis en forma legal. Mientras tanto, y como no tengo prisa, esperaré.

Yo me puse inmediatamente á copiar el documento y á las pocas líneas levanté estupefacto la cabeza. El Sr. Jones Oldacre me dejaba toda su fortuna.

Al ver mi asombro, sonrió con una sonrisa extraña, más extraña que su cuerpecillo de viejo marrullero y sus ojos que brillaban como brasas bajo la blancura de las cejas. No dando crédito á mi vista le pregunté si era cierto lo que yo había leído, y entonces, siempre con la misma sonrisa sobre los labios, me contestó que sí, que él era soltero y sin parientes cercanos. También me afirmó que en otros tiempos había sido muy amigo de mis padres y que desde entonces se interesó por mi suerte. Todas estas razones unidas á la que le habían dicho mil alabanzas de mi conducta como hijo y como hombre, le impulsaban á dejar su fortuna á una persona que tan buen empleo podía darle. Deshaciéndome en palabras de gratitud terminé la copia del documento á

lo firmamos en presencia de mis dos pasantes. Aquí lo tenéis, así como el borrador de puño y letra de Oldacre.

Ya de pie, y con las manos enlazadas en el apretón de despedida, el contratista me dijo que tenía en su casa infinidad de documentos, como títulos, obligaciones hipotecarias, etc., etc., que convenía examinar yo, para irme poniendo al corriente de lo que había de heredar. Añadió que no estaría tranquilo hasta concluir todos los trámites que él creía necesarios y para ello me rogó que fuera aquella misma noche á su casa de Norwood con el testamento.

—¡Ah!—dijo por último.—Ya se me olvidaba: no debéis decir una sola palabra á vuestros padres. Es una sorpresa que les preparo.

Después de insistir mucho respecto de este último punto, hasta que consiguió de mí la promesa formal de que lo haría según sus deseos, no me dejó.

Ya comprenderéis, Sr. Holmes, que yo no podía negarme á esta petición suya. El Sr. Oldacre se había transformado de la noche á la mañana en un decidido protector mío, y deber mío era satisfacer todos sus deseos por muy estrambóticos y caprichosos que fueran. Puse, pues, un telegrama á mi familia diciendo que un asunto urgente me impedía ir á cenar y quizás volver en toda la noche.

El Sr. Oldacre me invitó á comer á las nueve de la noche, y ya convenido todo nos despedimos.

Tardé algún tiempo en encontrar la casa, y eran más de las nueve y media cuando llegué al lugar de la cita.

—Un momento—interrumpió Holmes.—¿Quién os abrió la puerta?

—Una mujer de cierta edad, que debe de ser el ama de gobierno.

—¿Y fué ella misma quien os condujo á la presencia de Oldacre?

—Ella misma.

—Está bien. Continúad.

Mac-Farlane se enjugó el sudor que perlaba su frente y prosiguió:

—Entré, pues, en el comedor y cené en compañía del Sr. Oldacre. Cuando nos levantamos de la mesa mi bienhechor espontáneo me condujo á su alcoba, y abriendo una caja de caudales situada á la cabecera de la cama, sacó los documentos de que me había hablado y los estuvimos examinando juntos. A eso de las once y media terminamos, y entonces él, pretextando que no valía la pena de despertar á la criada, me hizo salir por una puerta de cristales que daba al pasillo.

—¿Tiene visillos esa puerta?

—No sé; creo que sí.

—¿No os fijásteis si estaban corridos?

—No lo recuerdo. Ya en el jardín me acordé del bastón; pero Oldacre me dijo, dándome una palmada en el hombro: «Ya lo cogeréis otro día, porque no será ésta la última vez que nos veamos, ¿eh?»

Cuando salí á la calle miré el reloj y ví que era demasiado tarde para volver á Blackheath. Alquilé, pues, una habitación en el Hotel Anerlyc Arms y dormí no muy tranquilamente hasta hoy por la mañana, en que me ví desagradablemente sorprendido con la noticia del crimen.

—Bueno; ¿estáis contento ya, Sr. Holmes?—interrumpió Lestrade, cuyas cejas se habían fruncido más de una vez durante el curso de la narración.

—¿Puedo serviros en algo más?

—Por ahora no. Tal vez luego, cuando vaya á Blackheath.

—A Norwood, querréis decir—repuso Lestrade.

—Sí, á Norwood he querido decir—contestó Holmes con una sonrisa enigmática.

Acostumbrado Lestrade á las sorpresas de Holmes y á las prodigiosas facultades adivinatorias de este hombre de acero, sintió el mordisco de la curiosidad.

—Tenemos que hablar, Sr. Holmes.

—Cuando queráis.

—Ahora mismo. ¿Puede ser?

—¿Por qué no?—contestó Holmes, siempre sonriendo.—¿Y qué pensáis hacer con vuestro detenido?

Lestrade se volvió hacia los agentes.

—Tened la bondad de acompañar al Sr. Mac-Farlane al coche, y luego llevadle á Scotland Yard.

El mísero joven se levantó, y sin decir nada, pero mirándonos con unos ojos llenos de súplica y de an-

siedad, salió de la habitación seguido de los dos agentes.

Quedamos solos Lestrade, Holmes y yo. Mi compañero había cogido los documentos de Mac-Farlane y los examinaba atentamente.

—¿Qué os parece de estos papeles?—exclamó de pronto Holmes, entregándole al policía el borrador del testamento.

Lestrade lo miró y remiró durante largo rato; luego, y con aire preocupado, se lo devolvió á Holmes, diciendo:

—Las primeras líneas están escritas muy claramente, así como las de en medio de la segunda página y las del final de la última. Tienen la claridad de los caracteres de imprenta, pero, en cambio, el texto de las otras páginas no puede ser más confuso, y hasta hay tres sitios en que es ilegible en absoluto.

—Bueno, ¿y qué deducís de eso?—preguntó Holmes.

—¿Qué deducís vos?

Holmes se echó á reír.

—No es mal sistema ese de contestar á una pregunta repitiéndola. Pero, en fin, yo seré más explícito que vos. Ese borrador ha sido escrito durante un viaje. Las partes claras en las estaciones, las confusas durante el trayecto y las ilegibles al pasar por las planchas giratorias. Considerando que la redacción del testamento ha durado todo el viaje y que el tren no se ha detenido en ninguna estación, re-

sulta claro, de toda claridad, que dicho tren era un exprés y que el trayecto ha sido el que media entre Norwood y London Bridge.

Lestrade seltó la carcajada.

—¡Adiós! ¡Ya empezaron las hipótesis y las teorías! Sois terrible, Holmes, cuando dejáis suelta á la imaginación. Vamos á ver, ¿qué relación puede tener todo eso con el crimen?

—Bien claro resulta. Estas observaciones mías ratifican la declaración de Mac-Farlane; el Sr. Oldacre fué redactando el testamento mientras el tren le conducía en busca del joven abogado. ¿Y no os parece un poco extraño, Sr. Lestrade, que un documento de tal importancia se redactara tan precipitadamente? Según mi modo de ver, el individuo que hace de esta manera un acto tan transcendental no le concede importancia alguna; lo considera tal vez como un medio, no como un fin, y hasta es probable que, llegado el momento de formalizar las cosas y cumplir las promesas, se volviera atrás.

—Y, sin embargo—exclamó Lestrade,—al firmar ese documento firmó su sentencia de muerte.

—¿Sí?

—¡Claro! ¿Pero no lo entendéis?

—Hombre... ¡no! Os confieso que todo eso de la sentencia de muerte no lo entiendo muy bien que digamos.

—Pues para mí resulta evidentísimo. Pocas veces se presentarán asuntos más indudables que éste. Supongamos un individuo sabedor de que á la muerte

de una determinada persona heredará una regular fortuna.

—Ya está supuesto ¿y qué?

—Este joven, deseoso ó necesitado de ese dinero, pone un telegrama pretextando urgentes ocupaciones; espera á la noche, y entrando en casa del viejo espera á que la única persona de la servidumbre esté acostada, y cuando se ha cerciorado de ello, salta sobre el viejo, lo asesina, y arrastrando el cadáver hasta el centro del jardín, prende fuego á la valla de madera para que la muerte se atribuya á un accidente desgraciado. Hecho esto se fué á dormir tranquilamente á un hotel cercano. ¿Qué os parecen mis deducciones, amigo Sherlock?

—Que serían verdad si no fueran mentira.

—¡Bonita contestación!

Holmes se encogió de hombros.

—Mirad, amigo Lestrade. Una de las pocas cualidades buenas que os faltan es la imaginación. Vamos á ver. Supongamos por un momento que vos sois ese joven asesino. ¿Escogeríais para cometer el crimen, precisamente la noche misma en que fué firmado el testamento? ¿No os parece que luego resultaría muy extraña la coincidencia? Además, ¿no hubiérais comprendido que era una locura cometer el crimen esa misma noche, sabiendo que la criada os había abierto la puerta y que al día siguiente su declaración sería un cargo terrible contra vos? Y por último, ¿bais á poner tanto cuidado en la desaparición del cadáver, y tan poco en otras cosas, como,

por ejemplo, el olvido del bastón manchado de sangre, que habría de decir claramente vuestra culpabilidad? Tenéis que confesar, Lestrade, que todo esto hubiera sido obrar como un perfecto imbecil.

—Respecto del bastón, ya sabéis, Holmes, que aun los hombres más avezados al crimen tienen, á veces, descuidos inexplicables para el hombre que conserva toda su sangre fría y que razona y discute desde su despacho. Además, hasta ahora no habéis hecho más que refutar mi hipótesis; pero no me habéis dicho la vuestra.

—Podría decirnos veinte ó treinta—contestó Holmes sonriendo;—pero me conformaré con una. Por ejemplo: el viejo está examinando sus papeles en compañía del joven abogado. Por la carretera pasa un vagabundo que, á través de la puerta de cristales, ve la escena y se esconde para obrar en cuanto se quede solo el viejo. Se marcha el joven, y entonces el vagabundo entra en la habitación, mata al viejo con el bastón de Mac-Farlane y escapa después de haber prendido fuego al cadáver.

—¿Y qué interés podía tener el vagabundo en hacer desaparecer el cadáver?

—¿Y que interés pudo tener Mac-Farlane en hacer eso mismo?

—El de borrar toda prueba comprometidora para él.

—En ese caso me parece que igual deseo podía tener el vagabundo, por muy vagabundo que fuese.

—Pero si fué un vagabundo, ¿cómo os explicáis que no robase nada absolutamente?

—Porque se encontró con que no había más que papeles innegociabls en absoluto, y en cambio muy comprometedores.

Lestrade sacudió la cabeza como un hombre que no quiere dejarse convencer por pruebas mezquinas.

—Bueno. Cada loco con su tema. Dedicáos á la busca y captura de ese vagabundo, amigo Holmes, mientras nosotros nos conformamos con Mac-Farlane. El porvenir dirá quién tiene razón. Pero fijáos, amigo Holmes, en que no ha sido robado un solo documento y en que únicamente nuestro detenido es la sola persona que podía no tener interés en cogerlos, puesto que, como heredero, había de tenerlos más tarde con todas las formalidades legales.

Por la cara que puso Holmes comprendí que este último golpe fué bien dirigido.

—Convengo—dijo ya un poco más serio,—convengo en que todas las apariencias son más favorables á vuestra hipótesis que á la mía. Pero no importa. Como habéis dicho hace un momento, el porvenir decidirá.

Y tendiendo la mano, en señal de despedida, á Lestrade, continuó:

—Es posible que nos veamos en Norwood esta tarde.

—¿Váis á ir?

—No lo sé; por eso he dicho que es posible.

Después de la marcha del policía, Holmes hizo sus preparativos de viaje con el apresuramiento de un hombre que cuenta con pocas horas para cumplir una larga é inevitable misión. Al cabo de media hora ya estaba con el gabán puesto y el saquito de viaje en la mano.

—Vaya, adiós Watson.

—¿Adónde váis á ir?

—A Blackheath.

—¿Y por qué no váis primero á Norwood?

—Porque en este asunto, como en todo, hay dos puntos importantes y la policía ha cometido la candidez de fijarse únicamente en el segundo, engañada por la aparente claridad del crimen. Yo voy en busca del primero. Me parece que, lógicamente pensando, hay que buscar antes que nada la razón de ese extraño é inesperado testamento que instituye heredero universal á un muchacho que no tenía relación de ningún género con el testador.

—¿No queréis que os acompañe?—pregunté.

—No. Se trata de una expedición vulgarísima y sin peligro de ningún género que precisara vuestra inestimable ayuda. Así, pues, esperadme aquí, y yo creo que esta noche podré daros alguna noticia que corrobore lo dicho por ese joven tan simpático y tan desgraciado.

II

Bien entrada la noche volvió mi compañero. En cuanto le ví juzgué por el decaimiento del rostro y el modo con que se quitó el abrigo y dejó caer el saco de mano, que las esperanzas y las ilusiones matinales habían desaparecido por completo. A mis ansiosas preguntas no se dignó contestar, y después de quedarse en traje de casa se recostó sobre la chimenea y durante media hora estuvo tocando encarnizadamente el violín. Pasados los treinta minutos dejó el instrumento, y sentándose junto á mí empezó á hablar.

—Esto va mal, Watson, muy mal, cada vez peor. Hay que desengañarse. Alguna vez habían de estar sobre la buena pista los torpes y los tantas veces equivocados. Mucho me temo que si ponemos en uno de los platillos de una balanza mis suposiciones y en el otro la realidad de los hechos, mucho me temo, repito, que el bonachón jurado inglés no tenga la suficiente inteligencia para ver que pesa más mi platillo que el que le sirve de apoyo á Lestrade.

—¿Qué? ¿Habéis estado en Blackheath?

—Sí; he estado en Blackheath y he adquirido desde el primer momento la convicción de que Mr. Jo-

nes Oldacre era un redomado granuja. Lo primero que hice fué dirigirme á la casa de Mac-Farlane; el padre había salido en busca de noticias, y por lo tanto no hallé más que á la madre, una mujercilla de pelo rizado y de ojos azules, temblorosa de miedo y de indignación. Aunque, naturalmente, no admitía de ningún modo la posibilidad de que su hijo hubiese cometido un crimen semejante, no me pareció muy asombrada ni muy dolida de la muerte de Oldacre. Al contrario, me habló del contratista con tal odio y tal indignación, que sus palabras, si las hubiera oído alguno de la policía, habrían sido una prueba más contra su hijo. Nada más natural que el joven Hector, impulsado por el odio de su madre, llegara hasta el crimen.

—Ese hombre—me decía la flaca mujercita llameándole de cólera las pupilas azules—ha sido desde muy joven un perfecto canalla. Su alma era almacén de todos los vicios y de todas las infamias.

—¿La conocisteis en su juventud?

—¿Que si le conocí? ¡Ya lo creo! Fué de mis pretendientes más obstinados. Afortunadamente el Señor me iluminó y lo rechacé á pesar de su fortuna para casarme con un hombre más pobre que él, pero más, mucho más honrado y de mejores sentimientos. Siendo novia suya, mejor dicho, no habiéndome decidido aún por nadie, me dijeron que tuvo la crueldad de encerrar un gato en un palomar, y fué tal la repulsión que me causó este innoble acto suyo,

que desde entonces me negué á cruzar con él la menor palabra.

Y abriendo un cajón de la cómoda, sacó un retrato de mujer destrozado á navajazos, y continuó:

—Esta era yo en aquella época, y el día de mi boda me devolvió la fotografía, tal como véis, acompañada de su maldición.

—Sin embargo—contesté—según parece os ha perdonado luego, puesto que deja por heredero de toda su fortuna á vuestro hijo.

—Ni mi hijo ni yo aceptaremos nada de ese hombre aunque nos estuviéramos muriendo de miseria—exclamó ella enérgicamente.—Si es cierto que existe Dios, ya veréis como se descubre la verdad y todo el mundo se convencerá de que las manos de mi hijo no se han manchado en la sangre de ese bandido.

Intenté arrancarle algunas palabras más, pero no conseguí nada, y mucho menos en apoyo de mi hipótesis. Al contrario; todo parecía indicar que el joven Mac-Farlane había cometido el crimen impulsado por su madre, la mujercilla de apariencia histérica y de ojos azules.

Me despedí de ella y tomé el tren con dirección á Norwood.

La casa llamada Deep-Dee House es un hotel de moderna construcción, situado en medio de una planicie y rodeado de altos y copudos árboles. A la derecha está el patio, cuya cerca de madera fué pasto de las llamas. Aquí tenéis un plano de la casa

y de las habitaciones. Este cuadrado que véis aquí es la puerta de cristales por donde salió el joven Mac-Farlane y la cual examiné cuidadosamente.

—¿Estaba allí Lestrade?

—No; pero me encontré con el inspector segundo que se brindó á acompañarme desde el primer momento y que me informó detalladamente de la marcha del sumario. Aquella misma mañana encontraron entre las cenizas y los huesos calcinados unos discos de metal que me enseñó, y que desde el primer momento comprendí que eran unos botones. En uno de ellos lei el nombre Hyams, que, según parece, es el sastre del pueblo, y que era el que hacía toda la ropa á Oldacre. Luego examiné el césped y la tierra del jardín, buscando alguna huella, pero como hace tanto calor y sequedad durante estos días, no encontré la más mínima señal. Lo único que noté fué el rastro que había dejado un cuerpo muy pesado que arrastraron desde la puerta de cristales hasta la cerca de madera destruída por el incendio. Como véis, todo confirma la acusación primera. Inútilmente permanecí durante una hora bajo el martirio del sol, tendido boca abajo, buscando entre las cenizas algún indicio salvador. Nada.

Después de esto, que podemos llamar derrota, entré en la alcoba del muerto y la examiné atentamente. Las manchas de sangre del piso y del bastón—que indudablemente es el del joven Mac-Farlane—aunque no muy espesas ni numerosas, se notaba que eran recientes. Sobre la alfombra noté las hue-

llas de dos hombres, pero no de tres, lo cual como véis, contribuye á destruir mi hipótesis. Todos los detalles confirman la versión oficial, y no solo la confirman, sino que cada nuevo descubrimiento la afianza con grave quebranto de la nuestra.

Todo estaba en contra mía. No entreví ni el menor rayo de esperanza. Después examiné la caja de caudales y los documentos que contenía. A juzgar por ellos y por el talonario de cheques, la fortuna de Mr. Oldacre no es tan importante como decían. Sin embargo, y á despecho de lo afirmado por Lestrade, yo tengo la seguridad de que allí faltaban algunos papeles importantes á juzgar por ciertas alusiones que he visto en los otros y que parecen indicar que precisamente han desaparecido los de más valor. Si lográsemos demostrar esto plenamente, uno de los argumentos más contundentes de Lestrade se volvía contra él. En efecto, ¿por qué había de robar el joven Mac-Farlane unos papeles que legalmente le habían de ser entregados?

Por último hablé con el ama de gobierno. Esta señora Lexington—tal es su nombre—es una mujer alta, morena, de muy pocas palabras y de ojos recelosos y enemigos de mirar cara á cara. Tengo la seguridad de que detrás de su frente hay más de un secreto y que quizás ella pudiera servirnos de mucho en esta ocasión... pero se obstina en callar y en no decir más que lo absolutamente preciso.

A mis preguntas contestó con lo anteriormente declarado. Dice que abrió la puerta al joven Mac-

Farlane á eso de las nueve y media de la noche; que le condujo hasta el comedor, y que á las diez y media, después de quitar la mesa, se fué á acostar, no sabiendo una sola palabra más de lo ocurrido.

—¿Os fijásteis si el joven entró con el sombrero y el bastón en el comedor?—le interrumpí.

—Creo que no. Me parece que dejó ambas cosas en el perchero.

Luego continuó diciendo que la primera noticia que tuvo del crimen fueron las veces de «¡fuego!» «¡fuego!» que la despertaron y la hicieron correr medio desnuda al patio, donde indudablemente ardía el cadáver de su desgraciado señor.

—¿Sabéis si Mr. Oldacre tenía algún enemigo?—la dije.

—¿Enemigos? Siempre tenemos alguno, aunque no lo sepamos—contestó eludiendo mis miradas.—Pero mi señor hacía una vida retirada y sin meterse con nadie.

También confirmó mi sospecha de que los botones hallados pertenecían á Oldacre, diciendo que eran los que tenía el traje que llevaba la noche de autos.

Por último, aseguró que cuando llegó al incendio, no distinguió más que una inmensa hoguera, aunque notó, como alguna otra persona de las que acudieron, olor á carne quemada.

—¿Sabéis á cuanto ascendería la fortuna de mister Oldacre?

A esta pregunta mía se encogió de hombros con-

testando que no, que jamás se había preocupado de los negocios y de la posición de su amo.

Hubo una pausa. Holmes se retorció las manos nerviosamente, y con una amargura que en muy pocas ocasiones noté en sus palabras, continuó:

—Ahí tenéis, amigo Watson, todo lo que he sacado en limpio... Todo, absolutamente todo, parece dar la razón á las afirmaciones de Lestrade, y... sin embargo, sin embargo... yo dudo, y algo dentro de mí que me dice son mentira las apariencias y que el ama de llaves debe tener también la que abra el misterio. En sus ojos, en sus respuestas capciosas, en las palabras dichas lentamente, y como aprendidas de memoria, yo he visto algo extraño é inexplicable.

—Entonces...—insinué.

—Entonces, amigo Watson—añadió Holmes con mayor amargura todavía,—no conseguiremos nada. Tengo el presentimiento de que esta vez voy á ser vencido y de que este crimen no figurará en la serie de mis éxitos. Y si no al tiempo.

—Sin embargo, querido Holmes, yo creo que la actitud del jurado impresionará favorablemente á los jueces.

—No os fiéis mucho, Watson. ¿Os acordáis de aquel famoso asesino Bert Stevens que nos rogó que le amparáramos? Me parece que fué en el año 87. Pues bien; ya recordaréis lo correcto de su actitud, lo noble de su aspecto y la dulzura de sus palabras.

—¡Es verdad!

—Así es, querido Watson, que como no logremos hallar pruebas más convincentes, el pobre MacFarlane se puede considerar perdido. Todo se vuelve contra él y nada hay en favor suyo... á no ser un pequeño detalle.

—¿Cuál?—exclamé ansiosamente.

—Examinando el talonario de Mr. Oldacre, he visto que el crédito era insignificante á causa de haber suscrito en lo que va de año una porción de cheques de bastante importancia á nombre de un tal Cornelius. Ya comprenderéis que si logramos saber quién es este caballero y en virtud de qué servicios ó combinaciones le entregaba tales cantidades el difunto contratista, tal vez nos pusiéramos en buen camino. Mañana seguiremos nuestras pesquisas; pero ya os dije antes, amigo Watson, que en este asunto llevamos la de perder. ¡Ojalá me engañe! Pero ahora, en este momento, casi podéis asegurar que el crimen de Lower Norwood será un triunfo para Scotland Yard y una derrota para Sherlock Holmes.